

Iglesias evangélicas: un poder que se extiende por América Latina

Los grupos protestantes despliegan su influencia en Latinoamérica. Convertidos en muchos casos en la segunda religión más importante, han traducido esa fuerza no solo en poder económico, sino político.



GRUPO DE DIARIOS AMÉRICA (GDA)

Concesionarios de medios, impulsores de candidaturas legislativas y presidenciales, integrantes de congresos, fundadores de partidos políticos, cercanos a los gobiernos de turno; los grupos evangélicos han afianzado sus redes y su agenda al paso de los años, revela una investigación del Grupo de Diarios América.

Los evangélicos en la región han aprovechado ventajas como el no tener que hacer aportes tributarios, leyes que en el mejor de los casos son vagas y en el peor, inexistentes y les permiten actuar sin restricción. Aunque hay casos específicos en que se las vincula con algún partido político en particular, estas asociaciones han sabido adaptarse a los cambios y, señalan expertos, su objetivo es acercarse al poder, esté en manos de quien esté.

Su ascenso no ha estado exento de polémica; al contrario, y es apenas el principio. “La Iglesia evangélica recién empieza a asomar la cabeza”, advierte a *El Nuevo Día* el doctor Samuel Silva Gotay, profesor de Historia y Sociología de la Religión en la Universidad de Puerto Rico.

Aunque diversas, las iglesias evangélicas tienen una agenda común que pasa por el ‘No al aborto’, la lucha contra los derechos de la comunidad LGBTI+ (en Puer-

to Rico impulsaron un proyecto en el Senado para aplicar terapias de conversión a menores homosexuales y transexuales que el Gobierno frenó) y el acceso a los medios de comunicación.

Ha sido una labor de décadas. En Brasil, uno de los ejemplos más notorios del poder evangélico, los grupos se consolidaron desde 1970, y hasta hoy su influencia se mantiene en ascenso con la presidencia de Jair Bolsonaro, cuya candidatura impulsaron.

Las agrupaciones evangélicas mexicanas, como los protestantes y pentecostales, incrementaron un 35 por ciento en poco menos de 10 años, al pasar de 1.331 en

2010 a 5.843 en la actualidad, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía.

En Uruguay, señala *El País*, aunque solo 7 por ciento de la población se define como evangélica, según Latinobarómetro (2018), los expertos coinciden en que la cifra subestima la realidad. De hecho, el pastor Jorge Márquez intentó contender en las elecciones en 2009.

Venezuela vivió algo similar en 2018, el llamado fenómeno Bertucci, cuando el pastor evangélico Javier Bertucci se lanzó como candidato presidencial y su partido, Esperanza por el Cambio, alcanzó más de un millón de votos,

una cifra histórica para una organización política de esa tendencia religiosa, advierte *El Nacional*. En este país, un 17 por ciento se declara evangélico o protestante, según Latinobarómetro.

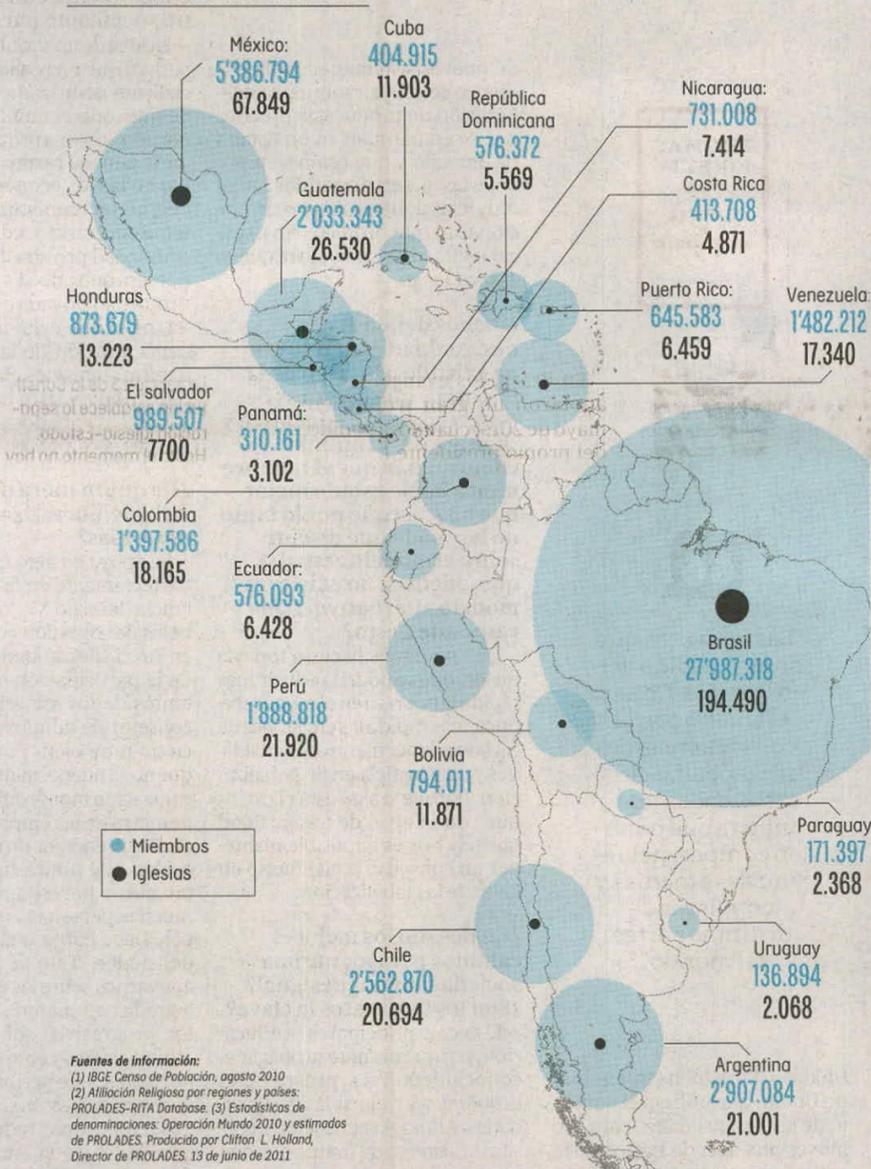
Dentro del universo de iglesias evangélicas, destacan por su poder económico y político las pentecostales y neopentecostales. En Puerto Rico suman 840.000 creyentes, de un total de 3.000.000 de habitantes.

En Uruguay se fundó en 2004 el Consejo de Representatividad Evangélica (Creu), que aglutina las iglesias de este tipo y representa a más de 700 congregaciones locales en el país. Y, aunque no se

las asocia al presidente, en las elecciones primarias de este año al menos 16 listas electorales fueron encabezadas por pastores. Tres legisladores titulares son evangélicos, todos del tradicional Partido Nacional.

De vuelta al caso de Brasil, cabe destacar la relación evangélicos-Bolsonaro, por la fuerza política, mediática y económica de este grupo. La Iglesia Universal del Reino de Dios es considerada una pionera en la expansión nacional e internacional de la Iglesia neopentecostal, indica *O Globo*. Es propietaria de Radio Aleluia, con más de 90 emisoras, y su fundador, el obispo Edir Macedo, es dueño de

PRESENCIA DEL PROTESTANTISMO



Fieles rezan durante una reunión en la Iglesia del Pastor Giménez en Buenos Aires. Los templos evangélicos que se hacen cada vez más visibles en las capitales latinoamericanas, tradicionalmente católicas, progresan.

El eco cristiano penetra diáfano en la política colombiana

TANTO LAS ELECCIONES NACIONALES COMO LAS REGIONALES Y LOCALES SE VEN CADA VEZ MÁS PERMEADAS POR LA FE CRISTIANA Y SU PROGRESIVA CAPACIDAD DE MOVILIZACIÓN.

En ocasiones son noticia de primera plana porque las acciones de sus pastores o feligreses llaman la atención general. Cuando guardan silencio, no necesariamente están inmóviles.

Si hay una fortaleza que tengan las iglesias cristianas, evangélicas, pentecostales y neopentecostales es la disciplina en su propósito de expandirse. “Hoy es posible encontrar algún templo evangélico o algún lugar de culto en prácticamente cualquier rincón del continente, por más pobre o marginal que sea”, escribe Carlos Malamud en el texto ‘La expansión política de las iglesias evangélicas en América Latina’.

“El vínculo constante e intenso de las iglesias pentecostales o neopentecostales con los sectores populares y los estratos más pobres de sus sociedades les ha permitido incidir en la política regional como ningún otro partido o movimiento lo puede hacer”, agrega el artículo publicado en el Real Instituto Elcano, un centro de estudios internacionales y estratégicos.

Están demostrando que en estos tiempos, los movimientos religiosos son más disciplinados, coherentes y metódicos que los partidos políticos tradicionales. Por eso no es difícil presagiar que, muy seguramente, ahora que están incrustados en la actividad política van a tener larga vida y capacidad de influir en la formulación e implementación de políticas públicas. Hay un hecho que no es para nada

marginal. En América Latina, los grupos religiosos se muestran cada vez más vigorosos, mientras que los partidos políticos tradicionales empiezan a ser parte del recuerdo.

Para Fabio Zambrano Pantoja, historiador y profesor de la Universidad Nacional de Colombia, la expansión es evidente desde el río Bravo hasta la Patagonia, con una variedad que va desde “unas iglesias muy serias hasta otras bastante estafadoras”. No se trata solo de que sus feligreses se reúnan cada tanto tiempo, principalmente los fines de semana, para orar en conjunto de acuerdo con sus creencias, sino que de un tiempo para acá propagan esta narrativa, sobre todo en las elecciones. Desde las de carácter nacional, como lo demostraron de manera decisiva en Colombia hace tres años, hasta las regionales y locales, como en el Concejo de Bogotá, donde la más votada del pasado octubre fue Sara Castellanos (del Partido Liberal), hija del fundador de la Misión Carismática Internacional, una de las iglesias cristianas con más poder electoral en el país.

En efecto, el poder de convocatoria de las iglesias cristianas quedó demostrado tras la firma del acuerdo de paz entre el Gobierno Nacional, presidido en su momento por Juan Manuel Santos, y la guerrilla de las Farc en el plebiscito que diría sí o no al texto firmado entre las dos partes, con el que se buscaba ponerle punto final a un conflicto armado que sumaba 300.000

muevos y 8 millones de desplazados.

Los opositores del acuerdo se unieron con la red de iglesias, que propagaron discurso desde sus sedes y medios de comunicación en el sentido de que lo que buscaba, entre otras delirantes afirmaciones, era instaurar en Colombia una dura castrochavista que, además, llevara a los niños a vivir un diabólico libertinaje sexual. Naturalmente, en ciertos sectores de opinión esas tesis provocaron histeria, pero en otros les dieron crédito. —para sorpresa general— el ‘No’ ganó el biscoito, dejando una grave fractura en un país que aún hoy sigue sin cicatrizar.

Sin embargo, este fenómeno no es nuevo ni tampoco exclusivo de Colombia. En la frontera entre religión y política ha sido muy difusa, cuando no inexistente. El vel político Alberto Fujimori logró una amplia visibilidad cuando se alió con algunas iglesias evangélicas del Perú. En Guatemala hay un presidente evangélico, Jimmy Morales; y en Colombia, la cristiana Viviane Morales quería postularse a la presidencia a nombre, paradójicamente, del Partido Liberal.

“La relación política-religión está presente desde la Colonia. La movilización política a partir de las creencias y de los símbolos y valores religiosos copa toda nuestra historia”, dice Jenny Andrea Santarúa, doctoranda en Teología y politóloga de la Universidad Javeriana.

Para ella, el fenómeno del crecimiento